

GLOSAS

Los Pastores de la Iglesia en las Conciones de Santo Tomás de Villanueva

INTRODUCCIÓN

He aceptado la invitación a escribir este pequeño comentario por puro agradecimiento a la Orden de San Agustín, de la que me honro en ser afiliado por el único mérito de ser indigno sucesor del Beato Anselmo Polanco en la sede de Teruel y Albarracín y, por lo mismo, haber solicitado su Canonización al Santo Padre S. Juan Pablo II.

Confieso mi atrevimiento al aceptar este compromiso, pues declaro mi poca capacidad para reflejar el pensamiento de Santo Tomás de Villanueva. Tengo a favor, eso sí, el haber sido obispo de Ciudad Real y haber comprobado a lo largo de trece años la devoción que en la diócesis, de la que es Patrón, se le tiene.

Mayor atrevimiento es también el intentar extraer del magisterio de Santo Tomás de Villanueva aquellas enseñanzas que más y mejor nos pueden ayudar a los pastores de la Iglesia: obispos y sacerdotes a vivir la alegría del Evangelio con radicalidad en estos momentos de nuestra historia; sacar del tesoro de la Gracia lo nuevo y lo antiguo¹. Me anima en la tarea el empeño del Papa Francisco en ofrecernos argumentos para renovar nuestra santidad sacerdotal al servicio del Pueblo de Dios, es decir como «pastores del rebaño a nosotros confiado».

¹ Mt 13, 51-52 ¿Habéis entendido todo esto?». Ellos le responden: «Sí». Él les dijo: «Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo».

Limito mi trabajo a la lectura de la Conción 170. También he sondeado las conciones: 21 del primer tomo de las Obras Completas editadas por la BAC, 50, 73 y 87; del segundo, 134; del tercero 171, 182 y 195.

CONCIÓN 170

Invito a mis hermanos obispos y sacerdotes a aproximarnos a la Conción 170 que, con ocasión del Domingo segundo de Pascua, centra su exhortación en animar a los obispos a seguir al Señor que nos dijo: Yo soy el buen Pastor (Jn 10,11).

En una primera aproximación, llama la atención, y es una constante en el conjunto de las 456 Conciones, la continua cita de frases bíblicas que, tomadas, casi literalmente, fortalecen su discurso. Me he preguntado: ¿Cómo podía encontrar con tanta facilidad la frase oportuna que va bien a su reflexión? Sólo un conocimiento exhaustivo de la Biblia lo ha hace posible.

Pues bien comenzamos a leer esta «Conción» por el final para resaltar la intención que tiene al escribirla, es decir su finalidad; así escribe en el punto 17:

«La última condición y la más importante es la inocencia o integridad de vida. Como la ira de Dios hiciera estragos en el pueblo, Moisés dijo a Aarón que tomara el incensario y fuego del altar y que se situara en medio, entre los vivos y los muertos, para aplacar al Señor y detener su ira (Nm 16,46ss). En realidad, así debe ser el prelado: tan sin pecado, que pueda intervenir, manteniendo con sus oraciones su justicia, impetrando con sus lágrimas su perdón y de modo tal que haga de parapeto frente a la ira de Dios». (C 170, 17)

Escribe aquí Santo Tomás que la necesidad de la santidad de vida del «prelado» como dice hoy el Papa Francisco, «La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura.»(EG 88) Si, ciertamente, esto es aplicable a todos los bautizados, tiene una muy especial significación en los que el Señor ha puesto al frente de su Pueblo. La expresión «tan sin pecado» lo resume todo, es en la reflexión teológica de su tiempo lo que capacita al obispo para el ejercicio de su ministerio, de su ser «pontífice» puente entre Dios y los hombres.

«Es cierto que uno apenas se basta a sí mismo por sus propios pecados, ¿con qué osadía, con qué presunción se va a poner delante de Dios por los pecados ajenos? Cristo el Señor; *sacerdote eterno* (Sal 109,4; Heb 5,6), tomó el turíbulo de la carne, el fuego de la caridad y el incienso de la oración, y ofreció a Dios un sacrificio en la cruz; poniéndose de *mediador entre Dios y los hombres* (1Tim 2,5), satisfizo por todos.» (Ibid)

Al comienzo ha tomado las figuras de Moisés y de Abraham como modelos de lo que podemos llamar sacerdocio-intercesor y en este segundo párrafo del mismo número 17 nos habla de la identificación con Cristo huyendo del pecado y ofreciéndose como Jesucristo para satisfacer por todos. Vida ofrecida, caridad y oración deben ser las características del obispo.

Debe ser así y antes ha puesto los porqués, pues no se trata de vivir una santidad personal, ideal, por otra parte, de todo bautizado, sino exigible especialmente porque el obispo es «pastor», así lo ha indicado en el número anterior, en primer lugar por estar al frente de la comunidad, por deber ejercer «su señorío»:

«¿Sabéis lo que dice Isaías, con espíritu profético, acerca de Cristo el Señor? Esto: *Lleva sobre sus hombros el principado, y tendrá por nombre gran Consejero, Dios fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz* (Is 9,6). Así debe ser el prelado en el pueblo, siguiendo el ejemplo de aquel que encierra en un puño al mundo, lleva sobre sus hombros su principado, su carga, su señorío. Quien recibe un reino, sepa que recibe la carga más pesada». (C 170, 16)

Pero da Santo Tomás una razón más profunda, y es la responsabilidad sobre el rebaño y cargando las tintas, por si no se tomara en consideración, pues el Señor cuidará de que no sean maltratadas las ovejas dando su merecido al irresponsable:

«El Pastor de los pastores pedirá cuentas de sus ovejas. *Cuando entregue el reino al Padre y haya destruido todo principado y potestad* —como dice el Apóstol (1Cor 15,24)— entonces *la altivez de los hombres quedará abatida, y sólo el Señor será ensalzado aquel día* (Is 2,11). Entonces todos se le someterán, y él pedirá a los pastores rigurosa cuenta sobre las ovejas. Mostrará las heridas que se hizo para rescatarlas, llevando a la oveja sobre sus hombros. Dará también su merecido a los que las trataron a puntapiés». (Ibid)

Sin embargo hay una consideración que invita a la contemplación. Siempre Santo Tomás se pone fuerte en la exigencia de

lo que debemos ser los pastores y a continuación anima con alguna cita que ayude a comprender el porqué de dicha exigencia: «Decía Bernardo: Somos, oh buen Jesús, porción tuya, la que conquistaste con el arco y la espada. El arco fue tu encarnación; tu espada fue tu palabra. Ya veis, con su encarnación y su predicación adquirió Cristo para sí una parte, por la cual se entregó todo entero. La otra parte la tiene en el cielo, la cual no conquistó, sino que la creó. La de aquí la creó y la ganó». (Ibid)

Es, ciertamente el principio de la Encarnación el que está presente en su reflexión. Es por lo que hallo el paralelo en el Papa Francisco en el párrafo citado de *Evangelii Gaudium*: «El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura».

Son tiempos los nuestros en los que la figura del obispo se ve comprometida dentro y fuera de la Iglesia exigiéndole gestos y palabras de lo que, genéricamente, se dice «humanidad». ¿Podemos hablar de aquello que nos dijo el Concilio Vaticano II y que se ha quedado en nuestra memoria como «los signos de los tiempos»?² Y, citando de nuevo al Papa Francisco en la Homilía de la Misa Crismal de 2013, reclamando de nosotros: «Nuestra gente agradece el evangelio predicado con unción, agradece cuando el evangelio que predicamos llega a su vida cotidiana, cuando baja como el óleo de Aarón hasta los bordes de la realidad, cuando ilumina las situaciones límites, «las periferias» donde el pueblo fiel está más expuesto a la invasión de los que quieren saquear su fe.» (Misa Crismal 2013)

Santo Tomás amenaza con la cuenta final que nos va a ser exigida: «Entonces todos se le someterán, y él pedirá a los pastores rigurosa cuenta sobre las ovejas.» ¡Cómo resuenan sus palabras en estas del papa Francisco!: «Todos conocemos la diferencia: el intermediario y el gestor «ya tienen su paga», y puesto que no ponen en juego la propia piel ni el corazón, tam-

2 Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutarse a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza. He aquí algunos rasgos fundamentales del mundo moderno. (GS 4)

poco reciben un agradecimiento afectuoso que nace del corazón. De aquí proviene precisamente la insatisfacción de algunos, que terminan tristes, sacerdotes tristes, y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o bien de novedades, en vez de ser pastores con «olor a oveja» —esto os pido: sed pastores con «olor a oveja», que eso se note—; en vez de ser pastores en medio al propio rebaño, y pescadores de hombres.»

Al Papa Francisco se le ha visto exigente con la figura del sacerdote y del obispo, son proverbiales las homilias pronunciadas en las imposiciones de los capelos cardenalicios. Pero prima en él la propuesta y la seducción: «El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura». Es el tono de la Conción que venimos comentando de Santo Tomás que choca con la dureza, probablemente muy justificada en su juicio, de su coetáneo y también agustino: Martín Lutero³ en sus denuncias y condenas de la corrupción reinante en los curiales de cerca y de la misma Sede Apostólica. A la que llama «sede pestilente» «que apesta por todas partes» «sitial peligrosísimo» «que sobrepasa en mucho a los pecados de los turcos»⁴.

En esta línea reflexiona Santo Tomás en el punto anterior n.º 15 de la Conción 170 aplicando a los pastores lo que quiere San Agustín en su Regla: «Corrija a los inquietos, consuele a los pusilánimes, acoja a los débiles, sea paciente con todos: mantenga la disciplina con agrado». Pues la responsabilidad de gobierno no debe dejar en la sombra al pastor. Con una referencia a San Gregorio establece para los pastores una necesaria síntesis entre preparación-sabiduría y dotes de gobierno.

«La importancia personal del pastor puedes verla en Gregorio, homilía 17, donde explica aquella figura sobre el basamento. Dios ordenó que en el basamento se esculpieran querubines, leones, bueyes, correas de cuero colgantes. El querubín significa la ciencia necesaria en el prelado; los leones, el celo.

3 *1486 - †1555 Santo Tomás de Villanueva. (García Martínez) —pg. LVII— 1509 Lic. Artes. Profesó 1517 y sacerdote 1519. Arzobispo 1544 *1483 - †1546 Martín Lutero. 1507 sacerdote. 1518 es investigado por su tesis.

4 Carta dirigida a León X como presentación de su escrito «De la libertad del cristiano, Compendio de la vida cristiana» en Lutero Martín (1996) pg. 53 Citada por Jaume Botey en «A quinientos años de la reforma protestante» Cuadernos CJ, n.º 204.

Sabemos que Moisés era un hombre muy manso, pero cuando el pueblo cometió un pecado, ¡qué venganza más despiadada llevó a cabo! (Ex 32,27). ¡Cómo reclamó a Dios que no aniquilara al pueblo! Le dolía la muerte del pueblo, pero el celo de Dios le inducía a terminar con ellos, pues sabía que, de otro modo, los aniquilaría a todos.» (Conción 170, 15)

A los prelados les viene bien, efectivamente, ser en cierto modo impetuosos. Pero también deben ser bueyes. No debe ser del todo león, ni del todo buey, sino un buey leonino o un león bovino. Las correas de cuero colgantes significan el freno: refrene los vicios a los demás con su propio ejemplo e imponga de buen grado la disciplina. Debe ser docto como un querubín, fuerte como un león, paciente como un buey.(C 170, 15)

El buen gobierno y la predicación son los dos elementos que transversalmente llenan la exhortación de Santo Tomás en este segundo domingo de Pascua en que se celebra el día del Buen Pastor. A la predicación de los sacerdotes y de los prelados dedicará varias Conciones en unas de un modo tangencial y en otras como tema exclusivo. Conciones: 21 del primer tomo de las Obras Completas editadas por la BAC, 50, 73 y 87 del segundo, 134 del tercero y 170, 171, 182 y 195.

En un alarde de citas bíblicas compone este nº 14 de la Conción 170 que venimos comentando:

«En el último capítulo del Cantar se lee: *Si es como un muro, edifiquémosle encima baluartes de plata*, o sea, de buen gobierno y de predicación; *si es como una puerta abierta*, que no resiste a las tentaciones, *reforcémosla con tablas* (Cant 8,9), es decir, con cerraduras. *Si es un muro, edifiquemos sobre él*. Mira a ver si tiene fortaleza. *No pondrás a trabajar al primerizo de la vaca* (Dt 15,19). *Que no sea neófito* (1Tim 3,6). Y en Jeremías, cap. 3 se nos dice: *Os daré pastores según mi corazón, que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina* Ur 3,15). Y Ezequiel: *Hijo de hombre, hoy te he puesto de centinela para la casa de Israel, y tú oirás de mi boca un mensaje y se lo anunciarás a ellos de mi parte* (Ez 33,17). Finalmente, en el libro de los Reyes, se nos conmina: *Guarda a ese hombre, que si lo dejas escapar, tu vida responderá por la suya* (3Re 20,39). (Conción 170, 14)

Ciertamente es abrumadora la responsabilidad del obispo si tenemos en cuenta la trascendencia de sus gestos y palabras para el Pueblo de Dios y Santo Tomás, que está argumentando todo lo que venimos diciendo así lo entiende.

«¡Oh, cuán severa cuenta habrá que dar de aquellos por quienes Cristo padeció tan atroces tormentos! San Bernardo, hablando de la triple guarda de las almas y de las dificultades de la tarea pastoral, escribe lo siguiente: «Están comprometidos por una responsabilidad mucho mayor y de mayor riesgo los que tienen que dar cuenta por nuestras almas. ¡Qué será de mí, desdichado! ¿Adónde volveré los ojos si resulta que he sido muy negligente en guardar ese tesoro tan grande, ese tan preciado depósito que Cristo estimó de más valor que su propia sangre? Si hubiera recogido yo la sangre del Señor que corría por la cruz y la hubiesen puesto a mi cuidado en un vaso de vidrio, el cual además debería llevarse y traerse muchas veces, ¿qué estado de ánimo tendría en una situación de tanta responsabilidad? Pues bien, yo he recibido ese tesoro para que lo guarde, a cambio del cual un mercader nada tonto, pues es la misma Sabiduría, entregó aquella sangre.

Y resulta que *tengo ese tesoro en vasos de barro* (2Cor 4,7), y que éstos corren, al parecer, mucho más peligro de romperse que los de vidrio. Además, a la preocupación de cuidarlo, hay que añadir el peso del temor que tengo, porque, estando en la obligación de salvar tanto mi conciencia como la del prójimo, ninguna de las dos las conozco lo suficiente. Tire por donde tire, encuentro un abismo insondable. Mire adonde mire, todo es noche para mí. Y sin embargo, se me exige la custodia de una y de otra, y se me grita: *Centinela, ¿qué hay de la noche? ¿Qué hay de la noche, centinela?* (Is 21,11). No puedo excusarme como Caín: *¿Soy acaso guardián de Mi hermano?* (Gn 4,9).» (C 170, 13)

Vuelve Santo Tomás a su tono exhortativo buscando dar ánimo a los obispos ofreciendo por una parte el sosiego como virtud necesaria para el buen gobierno y la grandeza de la Misión por otra:

«Sin embargo en este punto me parecen disculpables los prelados, siempre que practiquen la debida vigilancia, a la vez que la disciplina, *con toda paciencia y doctrina* (2Tim 4,2). Por consiguiente, *mientras descansáis en los apriscos*, con paz y sosiego, instruidos, consolados, firmes, atentos a sus instrucciones, exhortaciones y enseñanzas, *las plumas de la paloma se cubrirán de plata* (Sal 67,14). La paloma es la santa Iglesia. Lo decía el esposo: *Una sola es la paloma mía, la perfecta mía* (Cant 6,8). Su cuerpo es el pueblo, fuerte, de peso; y sus alas son dos: el clero y la religión, que, como he dicho, sostienen y levantan el cuerpo con sus consuelos y sus enseñanzas.

Ahora bien, las alas de la paloma. ¿por qué son plateadas? ¿Por qué la paloma es plateada? Por esto: porque *ahora vemos*

en un espejo y por medio de enigmas, pero al final destellará oro su plumaje, entonces veremos cara a cara en la gloria (1Cor 13,12). (Conción 170, 13)

CUATRO CUALIDADES

En este punto debemos cambiar el modo de lectura que venimos empleando, leyendo del final al principio, pues el «corpus» de doctrina sobre el que asienta Santo Tomás todo lo dicho hasta ahora como: 1. La Santidad de vida imprescindible para el obispo. 2. La importancia de la Misión pastoral. 3. La doble necesidad del pastor sabio y con celo para gobernar. 4. El buen gobierno y la predicación. 5. Llevamos ese tesoro en vasos de barro (2Cor 4,7). Ese «corpus» está adornado por cuatro cualidades (descritas desde los números 5 al 9) y tres condiciones que se han de dar en el buen pastor (números 9 al 12).

«Cuatro cualidades de un buen pastor, según el texto. Primera: apacienta a las ovejas. Segunda: las conoce. Tercera: las defiende. Cuarta: reúne a las dispersas. La primera está allí expresada: *Yo soy el buen Pastor*. La segunda también: *Yo conozco a mis ovejas*. Y la tercera: *El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas*. Y la cuarta: *Y se hará un solo rebaño y un solo pastor* (Jn 10,11.14.16). Estas cualidades se dieron en Cristo, por lo que pudo con razón decir: *Yo soy el buen Pastor*». (Conción 170, 5)

1.^a *Yo soy el buen Pastor*

Se refiere Santo Tomás, lógicamente al texto del Evangelio del día, tomado del evangelio de S. Juan capítulo 10, y se entretiene en describir lo que lleva consigo la primera cualidad de «apacentar». En mi experiencia de pastor, ya viejo, hay que dar gracias a Dios de que esta exhortación de Santo Tomás se ve puesta en práctica en esa triple dimensión o triple alimento que lleva consigo el «apacentar» en la pastoral ordinaria de nuestras diócesis: el que llama Santo Tomás «corporal» lo podemos ver en el cuidado de las condiciones materiales de nuestros sacerdotes: fondos comunes, y de sustentación del clero, y en la comunidad cristiana el esfuerzo inmenso de Caritas y la preocupación constante por las condiciones de vida de los empobrecidos; el «espiritual», el cuidado en la formación en aquellos seminarios que impulsó nuestro Santo y soñó San Juan de Ávila con la concreción posterior del mismo Concilio de Tren-

to, el cuidado creciente de la predicación, los planes de formación permanente de sacerdotes y laicos y un largo etc.; el alimento que llama Santo Tomás «beatificante» «con el que *los alimenta con flor de harina* (Sal 80,17), embriagándolos con el torrente placentero de su presencia» y que podemos ver en la práctica de los sacramentos, en la vida de oración de nuestros sacerdotes y fieles... si bien siempre habrá que cuidar en tiempos, como los nuestros, de una creciente paganización y de vivir «como si Dios no existiese.

Preciosa síntesis de vida pastoral de la Iglesia que describe con cuidado el papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, denunciando a la vez el peligro permanente de desvío: «El aislamiento, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios. (EG 89)

Así lo expresa Santo Tomás: «Ezequiel, en el capítulo 34, lo señalaba: *En pastizales muy fértiles las apacentaré y sus pastores estarán en los montes de Israel* (v.14.13), o sea, de los hijos de Israel, del que se dice: *Israel es su señorío* (Sal 113,2). Cristo es monte, su cuerpo es monte, monte su alma, monte su Verbo, monte el Ungido del Señor; lo del salmo: *monte cuajado, su cuerpo, monte pingüe*, por la solidez de su doctrina, su alma *monte en que Dios se ha complacido en habitar* (Sal 67,16), el Verbo de Dios. Ahí tienes en el monte del Señor, tres montes, tres sustancias.» (C 170, 5)

2.^a Yo conozco a mis ovejas

La segunda cualidad la describe sin ninguna cortapisa:

«La segunda cualidad de un buen pastor es que reconozca la cara de su grey: esto es un reproche a los prelados no resi-

dentés. Dios conoce a todos, pero sólo a las ovejas las conoce con conocimiento de aprobación. Para reconocer a las ovejas se les pone una señal: *Está puesta como un sello sobre nosotros la luz de tu rostro* (Sal 4,7). *En quien también vosotros, al aceptar la fe, recibisteis el sello del Espíritu Santo que estaba prometido.* Esto decía Pablo a los Efesios (Ef 1,13). Ya los Corintios: *El Dios que nos ha ungido, el que asimismo nos selló y nos dio la prenda del Espíritu en nuestros corazones* (2Cor 1,21-22).»(C 170, 6)

Todo un reto para nosotros en esta sociedad anónima que tiende al individualismo y a la privacidad. Nos damos la paz en el templo y podemos seguir siendo los eternos desconocidos. Una cualidad que, efectivamente hay que solicitar, rogar, clamar al Espíritu Santo que nos conceda la Gracia de la ternura, de la «unción» de unos corazones que ofrecen a todos el Amor de nuestro Dios en sus circunstancias y momentos particulares.

Además añade algo muy interesante Santo Tomás en ese «conocer a las ovejas» que va más allá de un trato cordial sin más. Apoyándose en el pasaje tan curioso de la separación de los ganados de Laban y de Jacob, (Gn 30, 31ss) nos advierte que el conocer a las ovejas tiene que ver con la experiencia de Jesucristo del pastor y la identidad cristiana: «El rostro en que Dios nos reconoce es el Hijo; la luz es la fe de Cristo: ahí tenéis la señal. Háblese de la marca de la bestia del Apocalipsis (Ap 13,16-18), de cómo también las ovejas marcadas se pierden».

«Ya lo sabes, si quieres que un buen pensamiento conciba un deseo bueno, una acción buena, coloca las ramas en los abrevaderos. Pero ten mucho cuidado, no sea que, cuando estés pensando en hacer penitencia, servir a Dios, dejar el siglo, venga el demonio y robe el santo propósito de tu corazón y te ponga muchas dificultades en la penitencia: entonces te es imposible concebir y parir lo concebido; y te ocurrirá aquello que está escrito: *Llegaron los hijos hasta el punto de nacer, pero la que está de parto no tiene fuerzas* (4Re 19,3).

Mira, aquí tienes el remedio: coloca las varas en los canales y entrégate a la contemplación, y concebirás. Debes mantener fijos tus santos deseos y pensamientos santos en la pasión del Señor, y no quedarán estériles. Reflexiona en lo que por ti padeció Cristo, y te será fácil soportarlo todo por él. Lo dice el Apóstol: *Considerad atentamente a aquel que sufrió tal contradicción de los pecadores contra su misma persona, a fin de que no desmayéis* (Heb 12,3) (C 170, 7)

3.^a *El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas*

Con esta reflexión da paso Santo Tomás a: «La tercera característica del buen pastor es que defienda a sus ovejas» A modo de pedagogía, juega con la figura de David, primero pastor y después rey para establecer el paralelo: David «fue una figura de Cristo, que fue primero pastor de ovejas, para después reinar por su poderío.» El convocar a la feligresía no es, sin más, un acto de organización ni de éxito pastoral, si no es por el avance de las personas alimentadas en la Palabra, los sacramentos y el amor fraterno. Así lo dice:

He ahí a David, de brazo poderoso: es el Ungido. Este fue primero pastor, después rey. ¿Por qué así, Señor? Si quieres hacer rey a David, que se críe entre príncipes, que aprenda los usos y costumbres palaciegos. ¿Cómo es que se cría en el campo uno que está llamado a presidir un reino?

Fue una figura de Cristo, que fue primero pastor de ovejas, para después reinar por su poderío. Este, al acercarse un oso, le arrebató la presa siempre que arranca de las fauces del demonio al pecador incircunciso. Esto lo hizo Cristo con su muerte y lo hace a diario en el sacramento de la penitencia: *Le perforará las narices con estacas* (Job 40,19).(C 170, 8)

4.^a *Y se hará un solo rebaño y un solo pastor*

La cuarta cualidad se comenta por sí sola, si bien hace un a modo de resumen para, no sólo aludir a la oración sacerdotal del evangelio de San Juan en el capítulo 17, sino que el buen pastor se ha de distinguir del mercenario. Termina el resumen con una advertencia muy seria: «Vean ahora los que rigen la Iglesia qué cosas de éstas les alcanzan a ellos.»

«Una cuarta cualidad del buen pastor es mantener unido todo el rebaño. Decía Juan: *Jesús iba a morir... para congregar en un cuerpo a los hijos de Dios, que estaban dispersos* (Jn 11,51-52). Y en Ezequiel leemos que las dos varas se hicieron una sola vara (Ez 37,16-19). (Véase a Beda, en el «Comentario a la Epístola a los filipenses», cap. primero).

En resumen, que por los frutos se conocen las condiciones del pastor. La primera, conoce a sus ovejas y es conocido por ellas; conoce el rostro de sus fieles, es decir, su conciencia, y es conocido, porque reciben de él sus limosnas y servicios. Segunda, entregó su vida por la grey. Tercera, que entra por la puerta. El mercenario tiene dos peculiaridades: primera, que

se desentiende y no defiende a sus ovejas; segunda, que es mercenario y no le importan las ovejas, sino el lucro.

Las particularidades del ladrón son también tres: primera, se larga incluso con aquello a lo que no tiene derecho; segunda, se lo come; tercera, no entra por la puerta, sino por la simonía.

Vean ahora los que rigen la Iglesia qué cosas de éstas les alcanzan a ellos. (Conción 170, 9)

TRES CONDICIONES

En los números 10, 11 y 12, establece Santo Tomás tres condiciones de las que debe estar dotado el buen pastor, que nos vendrá bien meditar a los pastores pues desciende a cosas bien concretas de la vida de los obispos y de los sacerdotes en general. Estas características son: El Amor, la Vigilancia y la Doctrina.

1. *El Amor*

Termina el párrafo sobre el amor personal a Jesucristo, no quedándose en un amor de tipo romántico sino en la identificación: «como Cristo en la carne, que por los hombres fue humillado y denigrado por su apariencia de esclavo, todo por amor, reproduciendo la figura del buen prelado, no del que busca sus propios intereses.»

«¿Cómo debe ser un buen pastor? Primer requisito: El amor. Sólo esto, se le pide a Pedro. *Pedro, ¿me amas? ¿Me quieres, Pedro?* Y Pedro responde: *Tú sabes, Señor, que te quiero.* Ante esta confesión de amor, el Señor le encargó: *Apacienta mis ovejas* U 21,15ss).

Esta es la voz del pastor: *Estoy negra*, sin duda por los desvelos, por las actividades, *pero soy bien parecida*, en las intenciones, en la caridad. *Negra como las tiendas de Cedar*, como los hombres del mundo, así estoy yo implicado en mil asuntos y preocupaciones, pero siempre guiado por la caridad: *como los pabellones de Salomón* (Cant 1,4), o sea, como Cristo en la carne, que por los hombres fue humillado y denigrado por su apariencia de esclavo, todo por amor, reproduciendo la figura del buen prelado, no del que busca sus propios intereses.»

2. *La Vigilancia*

Siempre que me han preguntado los alumnos de los colegios en las visitas pastorales «¿qué es un obispo» he comenzado por

la etimología griega que nos lleva al concepto de «inspector» y «supervisor» y que lejos de la frialdad de estas palabras nos indica la misión de «cuidar», de «mirar con cuidado» para lo que, efectivamente, exige del «obispo» ese algo especial del que mira y es capaz de amar y cuidar... de su ser «en Cristo Jesús»:

Segunda condición: La vigilancia. *Sobre tus murallas, Jerusalén, he puesto centinelas; ni de día ni de noche callarán jamás* (Is 62,6). Cuando el Señor encontró dormidos a tres discípulos, se dirigió solamente a Pedro, sólo a Pedro se lo reprochó diciéndole: *Simón, ¿estás dormido?* (Mc 14,37). No tiene nada de particular que ellos duerman, pero tú, al que puse al frente de todos ellos, ¿tú duermes?... ¿Y por qué le dice Simón?, pregunto. ¿No le había cambiado el nombre por el de Pedro? *Tú eres Pedro, tu serás llamado Cefas* Un 1,42).

Le volvió a llamar por el nombre antiguo, porque en el hecho de dormirse se notaba que aún no se había despojado de los viejos hábitos, y aquella facilidad de dormirse no cuadraba mucho con el nombre de Pedro (Conción 170, 11).

3. La Doctrina, enseñanza del pastor

En la tercera condición exigible al obispo se explaya Santo Tomás de tal forma que reclamando, ciertamente, «la doctrina» y la doctrina sana, que debe ser imprescindible para el que va sentarse en la «cátedra» por su oficio de enseñar. No se puede quedar sin más en el papel de «experto». Así une el «conocimiento» de la doctrina y su enseñanza al ser de «pastor», y lo hace de tal forma que debe darse en él: la santidad de vida (una conducta santa), la habilidad en el gobierno, la atención a los que sufren por distintas causas, a los pobres («Ahí tiene que haber montones de doctrina, de piedad, de consuelo»). Llama la atención la extrema dureza con que se queja de lo que sucede en la Santa Madre Iglesia cuando se encomienda a los fieles a quienes siguiendo la trayectoria de San Agustín, aunque no lo cita, no se da en los pastores ese cuidado amoroso «los silbos» del pastor, cuando pasan de lo que les sucede a los fieles («estatuas de mármol») o cuando embisten como «el rinoceronte» las tierras de labranza. Este es el texto:

Tercera condición: La doctrina. *Que el Señor Dios de los espíritus de todos los mortales, proponga para que esté al frente de esta comunidad a un hombre que pueda salir y entrar delante de ellos, que los haga salir y entrar, para que la comunidad del Señor no sea como rebaño sin pastor* (Nm 27,16-17). Un

hombre que pueda salir delante, por una buena actuación; y entrar mediante la exhortación y la enseñanza. Que los haga salir hacia una conducta santa. Y entrar en una provechosa meditación. Un modelo: Moisés, pastor bueno, guiaba al rebaño hacia el interior del desierto (Ex 3,1). Sobre lo mismo dice el Apóstol: Los presbíteros, que cumplan bien con su oficio, sean estimados dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en la predicación y en la enseñanza (1Tim 5,17). Él es el pastor y en él están los pastos de la enseñanza sana.

Cuenta un salmo: *Eligió a David, su siervo, y lo sacó de andar con rebaños de ovejas, y lo tomó de detrás de las paridas, para que apacentara a Jacob, su siervo, y a Israel, su heredad. Ahí tenéis al pastor. Ved también a continuación los pastos con él: Y él los apacentó con leal corazón, y los condujo con hábiles manos (Sal 77,70-72). Y en otro salmo: Mientras reposabais en los apriscos, las alas de la paloma se cubrieron de plata, y el oro destellaba en su plumaje (Sal 67,14) . Mientras reposabais en los apriscos (entre los clérigos, en la Vulgata), es decir, entre el clero y la religión. Job decía: Se pusieron a sestar entre los montones de los que, después de haber pisado la uva en los lagares, sienten sed (Job 24,11). Ahí tiene que haber montones de doctrina, de piedad, de consuelo. Para eso han sido ordenados los que ostentan dignidades eclesiásticas.*

Los que, después de haber pisado la uva en el lagar, sienten sed: son aquellos que, asfixiados por los asuntos seculares y cansados, recurren a los varones espirituales buscando el consuelo de la doctrina y de la palabra de Dios. Mas, ¡ay, santa madre Iglesia!, tus guardias se parecen a las langostas (Nah 3,17), y los que deberían apacentar a los pobres, son ellos quienes los machacan con sus apremios, expoliándolos. ¡Oh pastor e ídolo (Zac 11,17), sin un silbo siquiera para el rebaño! Es igual que si uno encomendara sus ovejas a una estatua de mármol. Decía Job, hablando del rinoceronte: Te atreverías por ventura a dejar a su cuidado la labranza de tus tierras? (Job 39,11), ¿y las almas por las que has sudado y trabajado?.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Termino este breve comentario a la Conción 170 de Santo Tomás de Villanueva recordando el texto del Concilio Vaticano II con el que, después de 400 años, se sentiría nuestro Santo identificado plenamente y que debe ser un permanente reclamo para nosotros, los obispos.

«Trabajen, pues, sin cesar para que los fieles conozcan plenamente y vivan el misterio pascual por la Eucaristía, de forma

que constituyan un cuerpo único en la unidad de la caridad de Cristo, «atendiendo a la oración y al ministerio de la palabra» (Act., 6,4), procuren que todos los que están bajo su cuidado vivan unánimes en la oración y por la recepción de los Sacramentos crezcan en la gracia y sean fieles testigos del Señor.

En cuanto santificadores, procuren los Obispos promover la santidad de sus clérigos, de sus religiosos y seglares, según la vocación peculiar de cada uno, y siéntanse obligados a dar ejemplo de santidad con la caridad, humildad y sencillez de vida. Santifiquen sus iglesias, de forma que en ellas se advierta el sentir de toda la Iglesia de Cristo. Por consiguiente, ayuden cuanto puedan a las vocaciones sacerdotales y religiosas, poniendo interés especial en las vocaciones misioneras.

En el ejercicio de su ministerio de padre y pastor, compórtense los Obispos en medio de los suyos como los que sirven, pastores buenos que conocen a sus ovejas y son conocidos por ellas, verdaderos padres, que se distinguen por el espíritu de amor y preocupación para con todos, y a cuya autoridad, confiada por Dios, todos se someten gustosamente. Congreguen y formen a toda la familia de su grey, de modo que todos, conscientes de sus deberes, vivan y obren en unión de caridad».

Le damos gracias a Dios por esta figura imprescindible para la forja de nuestra personalidad de pastores y pedimos por su intercesión que la Misericordia entrañable de nuestro Dios perdone nuestras negligencias y complete en nosotros lo que falta a la Pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia.

El Pastor de los pastores pedirá cuentas de sus ovejas. *Cuando entregue el reino al Padre y haya destruido todo principado y potestad* —como dice el Apóstol (1Cor 15,24)— entonces *la altivez de los hombres quedará abatida, y sólo el Señor será ensalzado aquel día* (Is 2,11). Entonces todos se le someterán, y él pedirá a los pastores rigurosa cuenta sobre las ovejas. Mostrará las heridas que se hizo para rescatarlas, llevando a la oveja sobre sus hombros. Dará también su merecido a los que las trataron a puntapiés.(C 170, 16)

Antonio A. ALGORA
Obispo Emérito de Ciudad Real

